

Informe de The World Academic Summit sobre el Humanismo realizado en la Escuela Politécnica Federal de Zúrich

*Amybel Sánchez de Walther**

Facultad de Ciencias de la Comunicación, Turismo y Psicología,
Universidad de San Martín de Porres, Perú

Recibido: 30 de setiembre de 2019

Aceptado: 15 de octubre de 2019

Durante la realización del World Academic Summit en la Escuela Politécnica Federal de Zúrich (Eidgenössische Technische Hochschule, ETH Zürich), una prestigiosa universidad pública helvética, se ha podido extraer una serie de apreciaciones que se presentan a continuación. El leitmotiv constante de esta cumbre académica fue el debate sobre cómo se genera el talento y su intrínseco propósito a introducir los valores humanísticos en la academia.

Ante la constante presión que experimentan las diferentes universidades de exhibir data, cifras y porcentajes, la rectora del ETH Zürich, Sarah Springman, explicó que «los objetivos y logros académicos deben estar enfocados no sólo en la cantidad, sino en la excelencia y en la calidad». No hay duda de que los logros cuantitativos son referentes fundamentales para el constante mejoramiento de la institución universitaria, que se traslucen en el posicionamiento y ubicación dentro de los rankings más prestigiosos. Aparte de la cantidad de investigaciones y citas alcanzadas, no se debe dejar de lado la calidad y, sobre todo, la excelencia universitaria.

En ese sentido, velar por la calidad universitaria es una actividad muy importante, si se toma en cuenta su misión y vertiente humanística. Preocuparse en demasía únicamente por lo que determinen y establezcan los rankings no tendrá sentido si no se optimiza significativamente la calidad y el talento dentro de la universidad.

Este es un artículo Open Access bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0



* amybelsanchez@usmp.pe

Por ese motivo, Luc de Brabandere (Boston Consulting Group Fellow & Senior Adviser) se pregunta: «¿Qué pueden aprender los gestores y administradores de los grandes filósofos?». De Brabandere explica que la filosofía nos ayuda a redescubrir la realidad, a encontrar diversas formas de abordar y analizar un problema, acrecentándose las posibilidades de encontrar la mejor solución a la misma.

La filosofía, aplicada en la cotidianidad laboral, aclara el panorama y despeja muchas dudas. Brinda seguridad en las decisiones que se puedan tomar. No simplifica un hecho o una situación, sino que se abre a muchas posibilidades de discusión y debate. Ante la complejidad y las dificultades, De Brabandere confiesa que tendemos mucho a simplificar; sin embargo, la filosofía nos ayuda a ampliar nuestros horizontes de análisis y razonamiento, permitiéndonos hallar nuevos objetivos, nuevos segmentos, nuevas oportunidades de negocio, sin limitarnos a las mismas medidas conocidas, muchas de estas en conflicto con el medioambiente, la ética y el trabajo sostenible.

Esto se concatena con el desarrollo de la creatividad: al cambiar de percepciones, tanto empresarios como académicos pueden aprender a gestionar el cambio y así cambiar los entornos que los rodean. Además de las habilidades de comunicación y empoderamiento, el gestor o académico debe seguir un propósito ético: esa es la fuerza fundamental de convencimiento si es que desea cambiar los hábitos de su personal y de otros líderes.

Dentro de la vida universitaria, alcanzar la calidad y el talento requiere una serie de políticas que deben realizarse con determinación y coherencia a lo largo del tiempo. En primer lugar, se debe brindar un decidido apoyo institucional al cuerpo docente, fortaleciendo, de manera sostenible, la línea de carrera desde sus etapas iniciales; que la remuneración y compensaciones sean correspondientes a sus logros académicos y a la evolución de su desempeño tanto en las aulas como en el campo.

Al asegurarse el bienestar del cuerpo docente, estos deben adquirir paulatinamente un perfil más cercano al de mentores y coaches embebidos en la filosofía y la humanística, que enriquezca empáticamente el trato con los estudiantes, obteniéndose una identificación positiva hacia la institución.

De esta forma, se podrá cultivar un ambiente de diversidad y tolerancia, aceptándose el hecho de que existen muchos caminos y soluciones dirigidos hacia un objetivo común.

Dentro de estas consideraciones, entra a tallar la naturaleza cambiante del talento a lo largo del tiempo, tal como sostiene Howard Gardner (Senior Director, Project Zero, Harvard University). Como sinónimo de inteligencia (que se sumarían a las lingüísticas, lógicas, matemáticas, musicales, interpersonales, entre otras), las universidades deberían preocuparse más en ubicar el talento, ya que es la esencia vital de estas.

Asimismo, el talento está hermanado con una educación basada en la herencia grecorromana, bases de la civilización Occidental: Gardner no duda en recomendar, en medio de este escenario contemporáneo, la impartición de una base ética, moral y de decencia a los estudiantes, a fin de que sus decisiones como profesionales no sean meramente guiadas por razones transaccionales o economicistas. Por ese motivo, no es de extrañar que Gardner exija que los estudiantes universitarios tomen dos cursos de filosofía, sin importar las especialidades que estén cursando.

Aparte de brindar una visión interdisciplinaria de los fenómenos, la filosofía ayuda al estudiante a no rehuir de las «grandes preguntas de la vida», referidas a la identidad (¿quién soy?), al propósito (¿qué hago aquí?, ¿por qué hago esto?), a las virtudes y los vicios (¿qué es la verdad?, ¿qué es la belleza?, ¿qué es la moral?) y a la existencia (¿qué implica vivir?, ¿qué implica morir?, ¿qué implicar el ser?).

Estas interrogantes son recurrentes en todas las culturas y resulta necesario que toda universidad, abocada a la formación humanística, pueda atender dichas cuestiones con humildad, tolerancia y respeto. Gracias a la filosofía, los estudiantes estarán más predispuestos a investigar y comprender los diversos aspectos del mundo, a nutrir su conciencia crítica y entender los orígenes de los conflictos.

Así, la lectura, el pensamiento y la argumentación son prácticas inherentes a la actividad filosófica que deben reintroducirse con fuerza en las aulas. Gardner sugiere que los cursos sean avanzados y se impartan durante el

segundo y el tercer año. El objetivo final sería que el graduado tenga una suficiencia filosófica que lo acompañe el resto de su vida. Reducir o excluir dichas asignaturas en la malla curricular universitaria resultaría nocivo y contrario a la herencia cultural y humanística que representa toda institución académica universitaria.

Dentro del debate sobre la labor universitaria, Joel Mesot (presidente del ETH Zurich) considera que una de las labores más importantes de la universidad actual es identificar los talentos, así como su posterior monitoreo y evolución, siempre enmarcado en parámetros deontológicos. Desarrollarlos y encaminarlos hacia el bien común: ese sería el gran reto del futuro. De esta labor dependería el devenir y evolución de la sociedad, tanto así que pronostica una posible y cercana «guerra de talentos».

Empero, al realizarse una encuesta interna en la cumbre, uno de los indicadores más sugerentes («¿Qué es lo más importante para alcanzar el éxito en la investigación de educación superior? ¿Ambición o talento?») arrojó como respuesta la ambición (62%), muy por encima del propio talento (25%), lo cual da a entender que la predisposición por adquirir mayor conocimiento actualizado potencia el talento inherente de una persona. Esto se puede extrapolar con mayor claridad en el contexto laboral, donde se yergue la inteligencia artificial como una fuerza aparentemente avasallante en las diferentes ocupaciones, sean estas manuales o académicas.

Mientras que la inteligencia artificial se vuelva más compleja y enhebre razonamientos propios del aprendizaje humano, más palpable será el impacto de las maquinarias automatizadas y dispositivos robóticos con una interfaz más cercana a la cotidianidad humana, tal como se puede observar en contextos pioneros como en el Sudeste Asiático, la Unión Europea y Norteamérica. En esa línea, podría afirmarse que el trabajo cambiará su manera de desenvolverse en el largo plazo, gracias a la introducción de las nuevas tecnologías en la cadena de producción, lo que también obligará a redefinir las concepciones tradicionales del salario, horarios, funciones del puesto e incluso los alcances del teletrabajo.

Si bien este fenómeno ha generado tangencialmente nuevos puestos de trabajo (desde la reparación de robots hasta la masiva mensajería, que

responden a las aplicaciones de *delivery* y taxi), la ola de cambios trastocará las políticas de reclutamiento y retención laboral. Con la finalidad de lidiar con esta realidad, se hizo hincapié en el llamado «aprendizaje 4.0», en alianza con las últimas tendencias tecnológicas, que aseguren un aprendizaje ágil, con modelos que proporcionen nuevas plataformas para la experimentación y la innovación educativa. Del mismo modo, la aplicación de los «recursos humanos 4.0» cambiaría la manera cómo se valora e invierte en el capital humano.

Ante las nuevas exigencias, a lo largo de la cumbre se enumeraron una serie de habilidades requeridas por los empleadores. Entre las habilidades cognitivas avanzadas, destacaron aquellas que desencadenan el pensamiento analítico e innovador, así como aquellas que responden a las estrategias de aprendizaje y *active learning*; la creatividad, la originalidad y la iniciativa a la hora de plantear proyectos. Con respecto a lo anterior, se destaca el diseño tecnológico, la programación y el manejo de sistemas de análisis y evaluación; que va de la mano con la capacidad de resolver problemas complejos.

Además, se subraya la importancia del pensamiento crítico, la inteligencia emocional, el liderazgo y la influencia social; estos últimos fundamentados en valores éticos y humanísticos. Pese a los acelerados cambios en la sociedad, estos deben ser espacios irreductibles, sin concesiones, ya que de ahí parte la conciencia y perspectivas para diferenciar con determinación lo que compromete la integridad de un profesional o sus intereses egoístas, la salvaguarda del bien común y ciudadano ante la rapacidad de la corrupción.

A modo de síntesis, se está valorando cada vez más las ocupaciones caracterizadas por el aprendizaje continuo y la gestión de personas, nutridas de pensamiento crítico y creatividad. Esto no significa que estén en declive las habilidades manuales, la verbalidad o la proxémica; la redacción, la lectura, el cálculo o la escucha activa; sino que estamos siendo testigos de un cambio de paradigmas más orientado al uso de las nuevas tecnologías. Por ese motivo, resulta esencial contar con un sistema educativo universitario de calidad y excelencia, que prepare a los futuros estudiantes para innovaciones futuras.

Al abordarse el rol actual de las universidades, surge la interrogante: ¿se están produciendo habilidades o conocimientos? Ambas dimensiones se

complementan en beneficio del estudiante, quien debe caracterizarse por su facilidad en lidiar con la complejidad propia de la era digital, en procesar argumentos (sean estos acordes a su línea o discrepantes) gracias a su pensamiento crítico. Esta apertura lo ayudará a explorar diversas actividades significativas, relacionadas con la sostenibilidad y la gestión de la diversidad cultural. Si bien el éxito se puede alcanzar con la excelencia, esta sería incompleta si no manifiesta ante sus semejantes una mayor disposición hacia actitudes y comportamientos éticos, que solo se nutren de la herencia humanística occidental.

Al contar con lo anterior, aparece otra pregunta decisiva: ¿cómo expandir los alcances de la educación, sobre todo una que apueste por la innovación? Quizá la clave se encuentre en una formación holística que contempla habilidades propias del *active learning*, de la innovación (análisis, creatividad), del empleo de la tecnología (digitalización, edición, programación). Se suman las habilidades interpersonales (empatía, cooperación, liderazgo, conciencia social), familiarizadas con ejercicios basados en problemas, que conlleve trabajo colaborativo. Con las paralelas y acumulativas mejoras en la accesibilidad de la información, el estudiante podrá cultivar el autoaprendizaje más allá de las aulas.

De esta forma, se podrá lograr la reducción de las brechas de habilidades entre diferentes realidades. Al promoverse transiciones inclusivas hacia la nueva economía (interiorizándose el aprendizaje continuo, impartándose habilidades para la futura mano de obra) se podrá obtener las condiciones ideales para pensar en un mundo más justo y orientado hacia el bienestar general y el provecho de todas las potencialidades.

Por último, se debatió acerca del futuro de la ciencia. A partir de este punto, se plantearon diferentes escenarios hipotéticos que tendrían como protagonista principal el impacto producido por la innovación científica y tecnológica en la sociedad. Para consolidar las bases de dicha política, se urgiría un financiamiento mixto y una subvención amplia a la investigación, para que posteriormente sea sostenible en el tiempo.

Una ciencia accesible y abierta puede acelerar los avances tecnológicos, sobre todo en el campo de la inteligencia artificial, la gestión de la *big data* y

en herramientas de realidad aumentada y realidad virtual. Dentro de las universidades y organismos académicos que administran el conocimiento, resultaría vital la transformación de las revistas científicas (*journals*) hacia plataformas más acordes con el mundo actual; plantear nuevas estructuras narrativas para los artículos científicos (*papers*), evaluados bajo nuevas métricas. Así, los investigadores tendrían que asumir nuevos comportamientos y perfiles, con la consiguiente transformación del flujo de trabajo y establecer más redes de colaboración.

Con la descentralización de la gestión del conocimiento y al asegurarse un escenario de ciencia abierta, se tiene la confianza del papel que puedan asumir los Estados y organismos filantrópicos, los cuales alinearían sus objetivos y principios. Apoyados por la inteligencia artificial, buscarían fortalecer alianzas más reales y duraderas con la sociedad; respetar los lineamientos de sostenibilidad global, tanto a nivel continental como local.

Si no se establece un espíritu de investigación-acción sin predicar con el ejemplo, el panorama actual puede revertirse hacia un aislacionismo o inmovilismo peligroso. Del mismo modo, la ciencia no puede divorciarse de la práctica ética y de los aportes propios de las humanidades. Un divorcio entre estas dimensiones solo tendría como resultado un constructo irracional, inhumano y egoísta ante la alarmante necesidad de justicia y bienestar que desprende la ciudadanía y el cosmopolitismo global.